



*«Determinados teólogos modernos rebaten el pecado original, cuando es la única parte de la teología cristiana que puede demostrarse», comenta Chesterton en un libro que supone un contrapunto positivo a 'Herejes'*

A final de este mes se cumplen 150 años del nacimiento de **Gilbert Keith Chesterton**, uno de los autores más reconocidos del siglo XX y cuyo influjo en el pensamiento católico ha resultado más que conspicuo. Su obra abarca todos los géneros, a lo largo de casi un centenar de libros —en ensayo podemos destacar *El hombre eterno*, *Breve historia de Inglaterra*, *Lo que está mal en el mundo*, o la biografía de **Tomás de Aquino**; en ficción *El Napoleón de Notting Hill* (que influyó en **Orwell** para su *1984*), *La esfera y la cruz*, *El hombre que fue jueves*, o las aventuras del *Padre Brown*—, dos centenares de relatos y quizá miles de artículos en prensa. Era hombre de debate, de discusión, de confrontación de juicios y de replanteamiento de ideas y paradigmas que parecen asentados. En sus críticas a la Modernidad, recurría a uno de sus recursos favoritos: la paradoja y el contraste. Sobre todo, si en ellas se incluyen personajes como el duque de Sutherland o el de Norfolk. Aunque no cabría definirlo como autor de sentencias, aforismos o escolios, su gusto por la frase efectista y nítida ha deparado una feliz prole de máximas proverbiales que se emplean hoy, gozosamente, como argumento de autoridad. En *Ortodoxia* hallamos a espuertas. Pero no se trata de paradojas banales: «No se me ocurre nada tan desdeñable como una simple paradoja, una mera defensa ingeniosa de lo indefendible», nos dice.

Tal como señala en el prólogo el propio Chesterton, *Ortodoxia* –disponible tanto en edición de *Acantilado* como de *Rialp*, y también en la vetusta traducción de **Alfonso Reyes**– se muestra como un contrapunto a su *Herejes* (1905), y en estas páginas el autor explica parte de su proceso de conversión: no es, por tanto, un libro de abierto carácter apologético –aunque, de hecho, lo sea–, sino de confesión biográfica de su llegada a la fe. En todo caso, este aspecto biográfico es intelectual; Chesterton no detalla pasajes concretos de su vida exterior, aparte de meras anécdotas, sino la digestión mental y tránsito espiritual de una cantidad ingente de influencias. En muchas ocasiones, las influencias se deben a autores alejados o incluso opuestos a la fe en los cuales Chesterton detecta incongruencias y falsedades. Esos caminos falsos lo acaban conduciendo al verdadero. Los descreídos le hicieron creer. Como decíamos: es el debate y la discusión lo que define a Chesterton. Asimismo, él forma parte de una serie de generaciones de católicos –sobre todo, conversos– que, entre la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX, abundaron en el solar británico: desde **Newman** e **Hilaire Belloc** hasta **Evelyn Waugh** y **Ronald Knox** –quien definió a Chesterton como «profeta».

Aunque en *Ortodoxia* Chesterton dice que era «pagano a los doce años y un completo agnóstico a los dieciséis», su entrada en la Iglesia católica tardará aún tres lustros. En *Ortodoxia* hay un cristianismo que, si bien aquí resulta tan implícitamente anglicano como el de **C. S. Lewis**, en nada difiere del catolicismo –igual cabe decirse de la obra de Lewis. Ya lo advierte el propio Chesterton: «el hombre está hecho para dudar de sí mismo, no de la verdad». En estas páginas localizamos a Chesterton en su Inglaterra natal y en los comienzos de un siglo XX que –hoy nos sucede igual– se cree en la plenitud de los tiempos; de ello se carcajea el autor y sabe trascenderlo. Viviendo intensamente en su época, y respondiendo a los problemas de sus días, Chesterton no deja de ser actual. En parte, porque los grandes asuntos aún son los mismos, aunque no lo parezca. Por ejemplo, cuando dice: «el loco, como el determinista, tiende a ver una causa para todo; el loco verá una conspiración en meras actividades inocentes». O cuando habla sobre el evolucionismo, o cuando escribe: «la gente puramente mundana no llega a entender bien ni siquiera el mundo»; «la fe absoluta en uno mismo no es simplemente un pecado, sino una debilidad»; «determinados teólogos modernos rebaten el pecado original, cuando es la única parte de la teología cristiana que puede demostrarse»; «la gris novela realista contemporánea nos dice lo que haría un loco en un mundo aburrido».

A pesar de que algunos entiendan que Chesterton pueda ser un reaccionario, lo que se encuentra en *Ortodoxia* es una mirada que contempla la complejidad de la existencia y detecta que únicamente el cristianismo la acepta, la integra, la celebra. Chesterton pretende

ser honesto y sensato, de ahí que procure superar algunos rasgos del concepto aristotélico de virtud; según él, el cristianismo, en su modo de entender la valentía, la humildad o la caridad, no busca el término medio, sino el equilibrio dentro del conflicto y la tensión de pasiones contrapuestas que la virtud no anula. Uno de los muchos ejemplos aparece en su elogio del arte gótico, o en el modo como expone la Iglesia su bendición del casamiento y la prole, y también del celibato. Chesterton sabe que el racionalismo cartesiano, en su solipsismo, resulta algo descabellado, y que el materialismo es un vano intento de acallar el misterio y claroscuro de la vida. Asimismo, el actual movimiento woke le da la razón cuando afirma que el mundo moderno está repleto de virtudes absurdas.

**José María Sánchez Galera, en [eldebate.com](https://eldebate.com)**